

## “ Lucha contra el Alcoholismo ”

Voy ante todo a hacer a mi invisible— y supongo que simpático auditorio — una sencilla declaración, y esta sí que ha de ser por fuerza una verdadera declaración al oído: a mi no me agrada hablar por radio-telefonía. Estoy acostumbrado a pronunciar ante públicos a quienes puedo mirar francamente a la cara, leyendo en ella a veces la impresión de mis palabras y recibiendo de ellos, de vez en cuando, signos vivos e inequívocos de su asentimiento, de su desconformidad o de su fastidio. El público, ese público que se ve, se pulsa, que espiritualmente se palpa, constituye un punto de apoyo para el orador. Es un contacto que le comunica energías, del mismo modo que el contacto de la tierra comunicaba siempre renovado vigor al héroe mitológico. Es para la palabra como el muro para la pelota, que la hace rebotar de manera que vuelva a la mano de quien la arrojó, y así una y otra vez, en una continua corriente de comunicación dinámica.

Ahora siento a mi alrededor un gran vacío, sin que sea precisamente el vacío de mi cabeza irradiando en el espacio, como tal vez pudiera sugerirlo algún espíritu travieso, agazapado en la tranquila impunidad de su audición anónima, pronto a regodearse con cualquier traspiés del conferenciante. Esto me hace experimentar la sensación un tanto angustiosa de estar predicando en un desierto.

A ustedes les extrañará, sin duda, que me impresione desagradablemente predicar en desierto, cuando hace tanto tiempo que lo vengo haciendo en mi país. Añádase a esto que es ya de por sí muy expuesto a caer en el vacío un discurso dirigido a convencer a toda la gente, sin excepción, de los males del alcoholismo. Expliquémonos bien: no quiero decir que sea perder el tiempo hacer propaganda antialcoholista. Lejos de ello, sostengo que ninguna propaganda es más

necesaria, ni más oportuna y que ninguna tarea es más meritoria que la de las señoras a cuyo amable requerimiento estoy pronunciando estas deshilvanadas palabras y que han constituido un Comité Juvenil destacado de la Liga Nacional para la lucha contra el feo vicio del alcohol. Lo que quiero decir es que si de corregir a los alcoholistas se trata, predicar suele ser perder el tiempo, porque a los alcoholistas no se les corrige con sermones: ellos están dominados por un vicio despótico y, aunque conozcan a fondo por experiencia propia, los inconvenientes de ese vicio, sus funestas consecuencias, sus horribles daños, no dejarán por eso de persistir en su hábito inferiorizante. Lo mismo, exactamente lo mismo, ocurre con los jugadores. Estas propagandas son eficaces como medio preventivo, en cuanto tienden, sobre todo, a apartar del peligro a muchos que caerían en él si no se presionara su espíritu con la influencia salvadora de las ideas saludables. Pero para los que han adquirido la enfermedad del alcoholismo, para esos las prédicas por sí solas suelen no dar bastante resultado. Para esos el mejor remedio y, a veces, el único, consiste en privarles del alcohol mediante prohibiciones severas que impidan su fabricación y su expendio. Así se cura a los alcoholistas curables o se apresura la muerte, como ha ocurrido en Norte América con la prohibición absoluta, de aquellos que están en un grado muy avanzado de alcoholismo, lo que sin duda es una solución cruel, pero con todo menos inhumana que conservar seres inútiles y dañosos, del punto de vista de la salud y del porvenir de la raza, mediante la libre circulación de verdaderos venenos populares.

Por otra parte estas propagandas son la manera de formar el ambiente de opinión imprescindible para poder obtener de los Poderes Públicos de un país — de los legisladores, de las autoridades dotadas — las medidas tendientes a salvar la sociedad, la familia y la raza de un terrible flagelo, terrible en verdad, porque sus estragos son incalculables. El vicio

del alcohol, es desde luego, el más funesto de todos, porque sus consecuencias no recaen tan sólo sobre el individuo dominado por él: a menudo sus efectos repercuten sobre sus descendientes. Un padre alcoholista — y esto lo sabe todo el mundo — trasmite a sus hijos, en el acto de la generación, enfermedades, predisposiciones, degeneraciones, taras que prolongan y perpetúan en la especie la degeneración del individuo. Desde este punto de vista todo alcoholista es un enemigo de la especie humana, un conspirador permanente contra la suerte fisiológica de la raza y los destinos morales de la humanidad. Sin duda el oscuro *mamertin* — a favor de la forzada tolerancia de mi auditorio ausente quiero poner en circulación la expresiva palabra — no sospecha que desempeña un papel de tantas trascendencia en el engranaje y encadenamiento de las condiciones humanas; no se imagina que cuando empina el codo, en realidad le está dando un codazo a la especie, lastimándola en su salud, porque ese deterioro físico y psíquico que a si mismo se ocasiona, recae sobre su descendencia, da un salto hacia adelante, marcando surcos de desventura en el oleaje infinito de las generaciones!

Los alcoholistas no deberían ser padres. Si lo son, ¡qué enorme crimen cometen y cuán odiosa es su culpa! En las copas de alcohol se esconde siempre un monstruo abominable, pronto a hacer presa en los cuerpos y en los espíritus y a clavar sus garras venenosas en el presente y en el porvenir.

El poeta persa Omar Kayan, ese anacreonte de Oriente que cantó en versos magníficos los engañosos deleites del vino, veía estrellas en el fondo de los vasos colmados de alcohol. Pudo añadir que en el fondo de esos vasos, cuando quedan vacíos, lo único que se ve son las cenizas de las estrellas del espíritu y de la vida consumidos por la llama devoradora e insidiosa del alcohol! El no comprendía a los vendedores del vino ¿Que pueden comprar — exclamaba — mejor que lo que venden? Apresurémonos a

añadir que el poeta persa cantaba al vino y a la embriaguez del vino, cuyo abuso es, sin duda, dañoso. Pero el vino, cuando es puro y no es fuerte, puede — si no se abusa de él — conciliarse con la salud. No así las bebidas de alambique, los alcoholes destilados y los éteres. La embriaguez del vino es la menos perjudicial de todas, con serlo bastante; pero si ese poeta de tan alto lirismo ha podido cantar, con el brillo de su fantasía suntuosa, a los equívocos deleites de la embriaguez, no creamos por eso que ella, ni aun siendo de vino, pueda constituir un espectáculo tolerable y un estado personal que inspire simpatías. Los borrachos sólo pueden resultar simpáticos a los borrachos. A los ojos del hombre normal y sano, todo hombre que se embriaga es un ser repugnante y despreciable. Enseñemos a nuestros niños, desde pequeños, a mirar con desprecio y con asco a los hombres que se emborrachan. Enseñemosles a ver en el beodo un ser indigno, que se despoja voluntariamente de la condición humana, con sus altas y nobles responsabilidades, para sumergirse en el lodo oscuro e infecto de la animalidad. Seamos severos, inflexibles con el vicio del alcohol y más aún con quienes lo fomentan y lo explotan. Suprimamos de nuestro Código Penal el atenuante de la embriaguez, porque el que se emborracha y delinque acumula dos culpas: la de emborracharse y la de delinquir. Pensemos que si a la luz del criterio científico, de la moderna criminología positiva, lo que tiene importancia para la represión del delito es el grado de temibilidad de la gente a los efectos del tratamiento para su cura, si es posible, o del confinamiento en defensa de la sociedad, el borracho habitual, inveterado, que delinque o el hombre que se emborracha para delinquir, no es menos peligroso que el que delinque sin emborracharse. Pero pensemos, asimismo, que sería inhumano e injusto mostrarse tan severos con los que se embriagan y permitir que las oportunidades y tentaciones de embriagarse se difundan como una epidemia en las mil facilidades con

que cuenta el alcohol, para tender sus redes a las plantas de todo el mundo, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, ricos y pobres. Por lo que respecta a la clase trabajadora no olvidemos que los obreros buscan frecuentemente en el alcohol un estimulante para sus energías agotadas, un olvido para sus penurias, un placer fácil que les alegre el espíritu con una distracción al alcance de las mentalidades inculatas. Por lo que respecta a las clases altas, el ocio, el desfreno de las costumbres, la fiebre de las diversiones y los placeres viciosos, son los principales factores del alcoholismo entre ella. Tratemos, pues, de elevar las condiciones de vida de las clases bajas y proporcionemos a los obreros distracción sana, que los aparte de la taberna y les haga prescindir del alcohol. Apartemos a las clases altas del vicio y llenemos su espíritu de preocupaciones y de afanes menos innobles que la fiebre de divertirse, pervirtiéndose. Combatamos el alcohol y clausuremos las tabernas.

Quiero recordarles que cuando fui diputado por primera vez, propuse allá, por el año 1911 o 1912, el primer proyecto orgánico de represión del alcoholismo sometido a la consideración del Parlamento de nuestra República. En ese proyecto proponía algunas medidas muy prácticas, que no se adoptaron por haber sido propuestas por mí. Entre otras, recuerdo la clausura de los despachos de bebidas mediante la expropiación realizada con un fondo constituido con la patente progresiva de los mismos despachos. Si se hubieran aplicado esas disposiciones, en la actualidad, después de tantos años, no quedaría una sola taberna abierta y la desaparición se hubiera producido de un modo casi insensible, sin levantar mayores resistencias, porque en realidad les deparábamos una muerte suave. No se quiso tomar en cuenta esa disposición, en parte porque lesionaba los intereses de los comerciantes en bebidas, en parte porque, como ya lo he dicho, la iniciativa surgía de mí. Algunos aparentaban oponerse al proyecto por encontrarlo poco radical, en-

tendiendo que los despachos de bebidas debían clausurarse sin expropiación, como negocio indeseable. "¡Encantado! — decía yo. ¡Pongamos manos a la obra!" Pero la verdad es que por una u otra razón no se quiso adoptar el procedimiento de la muerte suave y lo único que se mató fué mi proyecto, al que no se le dejó siquiera surgir a la discusión parlamentaria. Algunas de las otras disposiciones fueron después recogidas por otros diputados.

Indudablemente es muy poco lo que se ha hecho en nuestro país de serio en materia de legislación antialcoholista, y debemos hacerlo cuanto antes si queremos librar a nuestro pueblo de uno de los más grandes males sociales de los tiempos modernos. Estamos corrompiendo y degenerando a nuestras generaciones, disolviendo su carácter, enfermando su voluntad con la difusión sistemática del juego oficializado. Evitemos al menos que el alcohol complete la obra de disolución y aniquilamiento que el juego realiza; saneemos la atmósfera de nuestra vida colectiva de vapores viciosos que nublan los espíritus, porque para construir bien alto el edificio de nuestra democracia es necesario que las manos no tiemblen, que las cabezas no vacilen y los ojos vean claro en el aire del presente bajo la claridad anunciadora del porvenir!

Y ahora, al llegar a este punto, tocando casi al final de mi deshilyanada disertación, ustedes me perdonarán si me dispongo a tomar una copa. . . Una copa de agua. Acostumbrémosnos a beber agua. Con ella entra en nuestro espíritu, en nuestro cuerpo, el verdadero espíritu de la naturaleza y la sangre incolora de la madre tierra que nos nutre a sus pechos oscuros, madurados por el beso del sol o



Frugoni - Emilio, 1880 - (Aug) by L.H.

henchidos por la savia maravillosa de la vida! Muchos creen que el agua sólo sirve para usos externos. Es una falsa creencia, por desgracia sumamente difundida. Si entre los que han tenido esta noche la paciencia de escucharme hay quienes padecen esa errónea creencia, yo les pediría que se acostumbrasen a lavarse no tan sólo por fuera, si tienen en realidad el pulcro hábito de hacerlo, sino también por dentro, naturalmente con agua pura del río, esa agua que surge modestamente de nuestras canillas domésticas, cantando al salir una canción de notas de cristal que, si bien se escuchan, son todo un himno a la higiene del cuerpo y a la higiene del alma.

He terminado.

11 de Agosto de 1927.



Handwritten text at the bottom left, possibly a date or reference: "Noche... 21/8/27"

# Conferencia Radiotelefónica

DEL

Dr. Emilio Frugoni

(VERSION TAQUIGRAFICA)



Pronunciada bajo el Patrocinio

DEL

CLUB JUVENTUD

DE LA

“Liga N. contra el Alcoholismo”